EL EUROPEO MADE IN U.S.A.

Por Rodrigo Fresán

Paul Auster (New Jersey, 1947) nació en los Estados Unidos, pero no nació como escritor hasta que descubrió Europa. Ahí están sus libros, la obra del más viejomundista de los escritores norteamericanos de su generación: ecos y guiños de Beckett y Kafka, del nouveau-roman y de la narrativa estructuralista. Y todas esas traducciones que hace para mantenerse escribiendo en París: Dupin, Du Bouchet, Bonnefoy, Jacottet, Mallarmé, Joubert, Sartre, Simenon... Todo empieza antes, claro, en la infancia formadora: un tío que se la pasa viajando le otorga libre acceso a su biblioteca y allí el pequeño Auster aprende y envidia y desea la facilidad viajera y constante que tendrán los héroes de sus futuras novelas. Los eternos fugitivos de *El palacio de la luna* (con sus transparentes aluciones al megacinético Julio Verne), *La música del azar* o la reciente *The Books of Illusions*. La idea de la ciudad como estado de ánimo transitable y posible de investigar –*Trilogía de New York*– o el camino como recta donde aprender o morir o, incluso, volar: *Timbuctú*, *Leviatán* y *Mr. Vértigo*. En la prosa de Auster, hasta lo inamovible –como esa esquina de Brooklyn fotografiada día tras día en *Smoke*– se altera y no puede evitar el reflejo automático de contar algo. De ahí que la lectura de sus libros produzca un efecto curioso de quietud vertiginosa o de velocidad petrificada. La última de ellas –la ya mencionada *The Book of Illusions*– funciona como una suerte de acumulación de greatest hits y típicas señas de identidad austerianas a la vez que proponen a los más extranjeros de todos sus personajes extranjeros: un europeo-argentino-norteamericano que alguna vez fue una efímera estrella del cine mudo y un profesor norteamericano y traductor de Chautebriand que parte en su busca como terapia para postergar un suicidio que le resulta cada vez más atractivo e inevitable.

Considerado hoy uno de los escritores más apreciados de la Aldea Global, las cosas no le fueron siempre fáciles a Auster y en sus "memorias de aprendizaje y pobreza" tituladas *A salto de mata* narra un iniciático viaje en un petrolero por el golfo de México durante 1970. "Me habían adjudicado las tareas más bajas: hacía las camas, limpiaba las letrinas. Más adelante me destinaron al mantenimiento del puente y pasé a ocuparme del servicio de comidas. Hacía mi trabajo en un par de horas, así que me quedaban otras veintidós libres para escribir...".

Con el dinero que ahorró entonces, Auster regresó a su adorada París –donde había vivido durante 1967 escribiendo guiones para películas mudas que nunca se filmaron– y se pone a escribir un libro que recién publicaría en 1989 y que cambiaría todo. Para mejor: *El palacio de la luna*.

A partir de entonces, Auster es descubierto por los franceses. Y, después, como corresponde, por los norteamericanos.



A salto de mata

Aun ahora no entiendo bien lo que pretendía demostrar embarcándome así. Para mantenerme en desequilibrio, supongo. O, sencillamente, para ver si era capaz de hacerlo, de defenderme solo en un mundo que no era el mío. En ese aspecto, creo que lo conseguí. No podría explicar lo que logré en esos meses, pero al mismo tiempo estoy seguro de que no fracasé.

Por Paul Auster

El *Esso Florence* era uno de los petroleros más viejos de la flota, una insignificante reliquia de tiempos pasados. Si ponemos un Chevrolet de dos puertas junto a una limusina, tendremos una idea del aspecto que tenía en comparación con los superpetroleros que construyen hoy en día. Ya de servicio durante la Segunda Guerra Mundial, el buque había recorrido incontables miles de millas marinas cuando me embarqué. Tenía camas suficientes para acomodar a cien hombres, pero sólo se necesitaban treinta y tres para el trabajo que había que hacer. Lo que significaba que cada uno disponía de su propio camarote, una ventaja enorme si se consideraba el tiempo que debíamos pasar juntos. En otros trabajos se volvía a casa por la noche, pero allí estábamos encerrados veinticuatro horas al día. Cada vez que se levantaba la cabeza, se veían las mismas caras. Trabajábamos, vivíamos y comíamos juntos, y, sin la posibilidad de un poco de verdadera intimidad, la rutina habría sido intolerable.

Ibamos y veníamos entre la costa atlántica y el Golfo de México, cargando y descargando carburante de aviones en varias refinerías a lo largo del trayecto: Charleston, en Carolina del Sur, Tampa, en Florida; Galveston, en Tejas. Al principio mi cometido consistía en fregar suelos y hacer camas, primero para la tripulación y luego para los oficiales. El término técnico para ese puesto era el de "mozo de cubierta", pero en lenguaje corriente se trataba de una combinación de conserje, basurero y camarera. No puedo decir que me entusiasmara fregar retretes y recoger calcetines sucios, pero cuando le cogí el tranquillo, el trabajo resultó increíblemente fácil. En menos de una semana había perfeccionado mi habilidad para las tareas domésticas hasta el punto de que sólo tardaba dos horas o dos horas y media en terminar el trabajo cotidiano. Eso me dejaba tiempo libre en abundancia, cuya mayor parte pasaba solo en mi camarote. Leía libros, escribía, hacía todo lo que había hecho hasta entonces, pero de forma más productiva, en cierto modo, con mayor capacidad de concentración, ahora que apenas había algo que me distrajera. En muchos aspectos me parecía una existencia ideal, una vida perfecta.

Luego, tras un par de meses de aquel venturoso régimen, perdí la "plaza". El barco rara vez navegaba más de cinco días entre dos puertos, y en casi todos en los que atracábamos algunos tripulantes se bajaban y otros embarcaban. Los puestos libres se repartían entre los recién llegados por orden de antigüedad. Había un auténtico escalafón, y cuanto más tiempo se hubiese trabajado en la compañía, más posibilidades se tenían de elegir el puesto deseado. Como último mono de la escala, yo no tenía ninguna. Si un veterano quería mi trabajo, sólo tenía que pedirlo y era suyo. Tras mi larga racha de buena suerte, el batacazo me vino finalmente en un puerto de Tejas. Mi sustituto era un tal Elmer, soltero, fundamentalista e indolente, que resultó ser el más antiguo y célebre de todos los mozos. Lo que yo solía hacer en dos horas, Elmer lo hacía ahora en seis. Era el más lento de los lentos, un peso ligero mental, santurrón y taciturno, que se paseaba por el barco absorto en su propio mundo, totalmente ignorado por el resto de la tripulación, y en mi vida he conocido a nadie que comiese más que él. Elmer engullía montañas de comida –tres, cuatro raciones cada vez–, pero lo fascinante no era tanto ver el alcance de su apetito sino la forma en que lo satisfacía: delicada, meticulosamente, con obsesivo decoro. Lo mejor era la operación de limpieza al final. Una vez saciado, Elmer extendía la servilleta frente a él sobre la mesa y empezaba a acariciar y alisar el tenue papel, trasformándolo poco a poco en un cuadrado plano. A continuación lo doblaba longitudinalmente en partes iguales, separándolo metódicamente en dos hasta dividirlo en octavos. Al final, el cuadrado se convertía en una tira larga, rectilínea, con las cuatro esquinas perfectamente alineadas. En esemomento, Elmer lo cogía cuidadosamente por los bordes, se llevaba la servilleta a los labios y empezaba a frotarse. El movimiento era todo de cabeza: una lenta oscilación de vaivén que duraba veinte o treinta segundos. De principio a fin, las manos de Elmer no se movían. Permanecían fijas en el aire mientras su ancha cabeza giraba a la izquierda, a la derecha y otra vez a la izquierda, y en todo el tiempo sus ojos no traslucían el menor pensamiento ni emoción. La Limpieza de los Labios era un procedimiento mecánico, tenaz, un acto de purificación ritual. La Limpieza es hermana de la Santidad, me dijo Elmer una vez. Al verlo con aquella servilleta, se comprendía que realizaba un acto divino.

Tenía ocasión de observar tan de cerca las maneras de mesa de Elmer porque me habían destinado a la cocina. El trabajo de marmitón me cuadruplicaba el horario y, en general, me hacía la vida más interesante. Mi tarea consistía ahora en servir tres comidas diarias a la tripulación (unos veinte hombres), fregar los platos a mano, limpiar el comedor y escribir los menús para el sobrecargo, que solía estar demasiado borracho para hacerlo él mismo. Mis descansos eran breves –no más de una o dos horas entre las comidas–, y pese a trabajar mucho más que antes, mis ingresos se habían reducido notablemente. En el puesto anterior, me había sobrado tiempo para hacer un par de horas extraordinarias por la tarde, rascando y pintando en la sala de máquinas, por ejemplo, o restaurando manchas de óxido en cubierta, y esos trabajos voluntarios habían redondeado agradablemente mi paga. Sin embargo, pese a las desventajas, descubrí que trabajar en el comedor era más estimulante que fregar suelos. Era un trabajo público, por decirlo así, y encima de todo el ajetreo que ahora tenía, debía andar de puntillas en lo que a la tripulación se refería. Esa, finalmente, fue mi tarea más importante: saber cómo responder a las irritantes y desabridas reclamaciones, defenderme de los insultos, devolver golpe por golpe.

Menos Elmer, la tripulación era un hatajo de tipos toscos y mugrientos. La mayoría de ellos vivían en Tejas y Louisiana, y aparte de un puñado de chicanos, un par de negros y algún extranjero que aparecía de cuando en cuando, a bordo dominaba la nota blanca, reaccionaria y obrera. Prevalecía un ambiente jocoso, lleno de historias divertidas y chistes verdes y mucha charla sobre armas y coches, pero había un mar de fondo racista en muchos de aquellos hombres, y procuré escoger bien a mis amigos. Escuchar que un compañero de trabajo defiende el *apartheid* sudafricano mientras te tomas con él una taza de café ("allí saben cómo tratar a los negros") no es ningún plato de gusto, y si solía andar principalmente con personas de piel oscura o hispanohablantes, había una buena razón para ello. Como judío neoyorquino provisto de un título universitario, en aquel barco yo era un bicho raro, un marciano. Habría sido fácil inventar historias sobre mí mismo, pero no tenía interés alguno en hacerlo. Si alguien me preguntaba qué religión tenía o de dónde era, se lo decía. Si mi respuesta no le gustaba, era asunto suyo. Yo no iba a ocultar quién era ni a fingir que era otro sólo para evitar líos. En realidad, sólo tuve un altercado desagradable en todo el tiempo que estuve allí. Uno se puso a llamarme Sammy cada vez que pasaba. Parecía encontrarlo divertido, pero como yo no veía la gracia al epíteto, le pedí que lo dejara. Volvió a hacerlo al día siguiente, y una vez más le dije que no lo hiciera. Cuando lo repitió al otro día, comprendí que las palabras corteses no bastarían. Lo cogí de la camisa, lo puse contra la pared y, con mucha calma, le advertí que si volvía a llamarme así otra vez, lo mataría. Me chocó oírme hablar de ese modo. Yo no iba por ahí ejerciendo la violencia, y nunca había amenazado a nadie de esa manera pero, por un breve instante, fue como si hubiera estado poseído por el demonio. Afortunadamente, mi determinación a pelear bastó para resolver la situación sin que llegáramos a las manos. Mi martirizador levantó las manos en señal de paz.

–Era una broma –aseguró–, sólo una broma.

Y en eso acabó todo. Con el tiempo, incluso nos hicimos amigos. Me encantaba estar en el mar, rodeado únicamente de cielo y luz, la inmensidad del aire vacío. A todas partes nos acompañaban gaviotas, describiendo círculos sobre nuestras cabezas mientras esperaban los cubos de basura que arrojábamos por la borda. Hora tras hora, se cernían pacientemente sobre el barco, apenas agitando las alas hasta que los desechos salían por los aires, y entonces se hundían frenéticamente en la espuma, gritándose mutuamente como borrachos en un partido de rugby. Pocos placeres son comparables al espectáculo de aquella espuma, sentado en la popa de un buque y contemplando el blanco y agitado tumulto de la estela. Hay algo hipnótico en ello, y en un día tranquilo la sensación de bienestar que le invade a uno puede ser abrumadora. Por otro lado, el mal tiempo también tiene su encanto. A medida que el verano se desvanecía y entrábamos en el otoño, las inclemencias se multiplicaron, trayendo vientos furiosos y lluvias torrenciales, y en esos momentos el buque no parecía más seguro ni sólido que el barquito de papel de un niño. Hay petroleros que se parten en dos, ya se sabe, y para ello basta una mala ola. La peor travesía, según recuerdo, fue cuando estábamos frente al cabo Hatteras a finales de septiembre o primeros de octubre, un período de doce o quince horas de sacudidas y zarandeos en medio de una tormenta tropical. El capitán estuvo al timón toda la noche, e incluso cuando pasó lo peor y el sobrecargo me ordenó a la mañana siguiente que llevara el desayuno al capitán, casi salí volando por la borda al subir al puente con la bandeja. Aunque la lluvia había cesado, el viento seguía teniendo una velocidad de galerna.

Pese a todo, trabajar en el *Esso Florence* tenía poco que ver con una aventura en alta mar. El petrolero era esencialmente una factoría flotante, y antes que descubrirme una vida fascinante y llena de andanzas, me enseñó a considerarme como un obrero industrial. Ahora era uno entre millones, un insecto que trabajaba afanosamente junto a otros insectos innumerables, y cada tarea que realizaba formaba parte de la apabullante empresa del capitalismo norteamericano. El petróleo era la principal fuente de riqueza, la materia prima que alimentaba la máquina del beneficio y la mantenía en marcha, y yo me alegraba de estar donde estaba, agradecido por haber aterrizado en el vientre de la bestia. Las refinerías donde descargábamos eran estructuras inmensas, infernales, redes laberínticas de tuberías silbantes y torres de fuego, y



A salto de mata

Aun ahora no entiendo bien lo que pretendía demostrar embarcándome así. Para mantenerme en desequilibrio, supongo. O, sencillamente, para ver si era capaz de hacerlo, de defenderme solo en un mundo que no era el mío. En ese aspecto, creo que lo conseguí. No podría explicar lo que logré en esos meses, pero al mismo tiempo estoy seguro de que no fracasé.

Por Paul Auster

El *Esso Florence* era uno de los petroleros más viejos de la flota, una insignificante reliquia de tiempos pasados. Si ponemos un Chevrolet de dos puertas junto a una limusina, tendremos una idea del aspecto que tenía en comparación con los superpetroleros que construyen hoy en día. Ya de servicio durante la Segunda Guerra Mundial, el buque había recorrido incontables miles de millas marinas cuando me embarqué. Tenía camas suficientes para acomodar a cien hombres, pero sólo se necesitaban treinta y tres para el trabajo que había que hacer. Lo que significaba que cada uno disponía de su propio camarote, una ventaja enorme si se consideraba el tiempo que debíamos pasar juntos. En otros trabajos se volvía a casa por la noche, pero allí estábamos encerrados veinticuatro horas al día. Cada vez que se levantaba la cabeza, se veían las mismas caras. Trabajábamos, vivíamos y comíamos juntos, y, sin la posibilidad de un poco de verdadera intimidad, la rutina habría sido intolerable.

Ibamos y veníamos entre la costa atlántica y el Golfo de México, cargando y descargando carburante de aviones en varias refinerías a lo largo del trayecto: Charleston, en Carolina del Sur, Tampa, en Florida; Galveston, en Tejas. Al principio mi cometido consistía en fregar suelos y hacer camas, primero para la tripulación y luego para los oficiales. El término técnico para ese puesto era el de "mozo de cubierta", pero en lenguaje corriente se trataba de una combinación de conserje, basurero y camarera. No puedo decir que me entusiasmara fregar retretes y recoger calcetines sucios, pero cuando le cogí el tranquillo, el trabajo resultó increíblemente fácil. En menos de una semana había perfeccionado mi habilidad para las tareas domésticas hasta el punto de que sólo tardaba dos horas o dos horas y media en terminar el trabajo cotidiano. Eso me dejaba tiempo libre en abundancia, cuya mayor parte pasaba solo en mi camarote. Leía libros, escribía, hacía todo lo que había hecho hasta entonces, pero de forma más productiva, en cierto modo, con mayor capacidad de concentración, ahora que apenas había algo que me distrajera. En muchos aspectos me parecía una existencia ideal, una vida perfecta.

Luego, tras un par de meses de aquel venturoso régimen, perdí la "plaza". El barco rara vez navegaba más de cinco días entre dos puertos, y en casi todos en los que atracábamos algunos tripulantes se bajaban y otros embarcaban. Los puestos libres se repartían entre los recién llegados por orden de antigüedad. Había un auténtico escalafón, y cuanto más tiempo se hubiese trabajado en la compañía, más posibilidades se tenían de elegir el puesto deseado. Como último mono de la escala, yo no tenía ninguna. Si un veterano quería mi trabajo, sólo tenía que pedirlo y era suyo. Tras mi larga racha de buena suerte, el batacazo me vino finalmente en un puerto de Tejas. Mi sustituto era un tal Elmer, soltero, fundamentalista e indolente, que resultó ser el más antiguo y célebre de todos los mozos. Lo que yo solía hacer en dos horas, Elmer lo hacía ahora en seis. Era el más lento de los lentos, un peso ligero mental, santurrón y taciturno, que se paseaba por el barco absorto en su propio mundo, totalmente ignorado por el resto de la tripulación, y en mi vida he conocido a nadie que comiese más que él. Elmer engullía montañas de comida –tres, cuatro raciones cada vez–, pero lo fascinante no era tanto ver el alcance de su apetito sino la forma en que lo satisfacía: delicada, meticulosamente, con obsesivo decoro. Lo mejor era la operación de limpieza al final. Una vez saciado, Elmer extendía la servilleta frente a él sobre la mesa y empezaba a acariciar y alisar el tenue papel, trasformándolo poco a poco en un cuadrado plano. A continuación lo doblaba longitudinalmente en partes iguales, separándolo metódicamente en dos hasta dividirlo en octavos. Al final, el cuadrado se convertía en una tira larga, rectilínea, con las cuatro esquinas perfectamente alineadas. En esemomento, Elmer lo cogía cuidadosamente por los bordes, se llevaba la servilleta a los labios y empezaba a frotarse. El movimiento era todo de cabeza: una lenta oscilación de vaivén que duraba veinte o treinta segundos. De principio a fin, las manos de Elmer no se movían. Permanecían fijas en el aire mientras su ancha cabeza giraba a la izquierda, a la derecha y otra vez a la izquierda, y en todo el tiempo sus ojos no traslucían el menor pensamiento ni emoción. La Limpieza de los Labios era un procedimiento mecánico, tenaz, un acto de purificación ritual. La Limpieza es hermana de la Santidad, me dijo Elmer una vez. Al verlo con aquella servilleta, se comprendía que realizaba un acto divino.

Tenía ocasión de observar tan de cerca las maneras de mesa de Elmer porque me habían destinado a la cocina. El trabajo de marmitón me cuadruplicaba el horario y, en general, me hacía la vida más interesante. Mi tarea consistía ahora en servir tres comidas diarias a la tripulación (unos veinte hombres), fregar los platos a mano, limpiar el comedor y escribir los menús para el sobrecargo, que solía estar demasiado borracho para hacerlo él mismo. Mis descansos eran breves –no más de una o dos horas entre las comidas–, y pese a trabajar mucho más que antes, mis ingresos se habían reducido notablemente. En el puesto anterior, me había sobrado tiempo para hacer un par de horas extraordinarias por la tarde, rascando y pintando en la sala de máquinas, por ejemplo, o restaurando manchas de óxido en cubierta, y esos trabajos voluntarios habían redondeado agradablemente mi paga. Sin embargo, pese a las desventajas, descubrí que trabajar en el comedor era más estimulante que fregar suelos. Era un trabajo público, por decirlo así, y encima de todo el ajetreo que ahora tenía, debía andar de puntillas en lo que a la tripulación se refería. Esa, finalmente, fue mi tarea más importante: saber cómo responder a las irritantes y desabridas reclamaciones, defenderme de los insultos, devolver golpe por golpe.

Menos Elmer, la tripulación era un hatajo de tipos toscos y mugrientos. La mayoría de ellos vivían en Tejas y Louisiana, y aparte de un puñado de chicanos, un par de negros y algún extranjero que aparecía de cuando en cuando, a bordo dominaba la nota blanca, reaccionaria y obrera. Prevalecía un ambiente jocoso, lleno de historias divertidas y chistes verdes y mucha charla sobre armas y coches, pero había un mar de fondo racista en muchos de aquellos hombres, y procuré escoger bien a mis amigos. Escuchar que un compañero de trabajo defiende el *apartheid* sudafricano mientras te tomas con él una taza de café ("allí saben cómo tratar a los negros") no es ningún plato de gusto, y si solía andar principalmente con personas de piel oscura o hispanohablantes, había una buena razón para ello. Como judío neoyorquino provisto de un título universitario, en aquel barco yo era un bicho raro, un marciano. Habría sido fácil inventar historias sobre mí mismo, pero no tenía interés alguno en hacerlo. Si alguien me preguntaba qué religión tenía o de dónde era, se lo decía. Si mi respuesta no le gustaba, era asunto suyo. Yo no iba a ocultar quién era ni a fingir que era otro sólo para evitar líos. En realidad, sólo tuve un altercado desagradable en todo el tiempo que estuve allí. Uno se puso a llamarme Sammy cada vez que pasaba. Parecía encontrarlo divertido, pero como yo no veía la gracia al epíteto, le pedí que lo dejara. Volvió a hacerlo al día siguiente, y una vez más le dije que no lo hiciera. Cuando lo repitió al otro día, comprendí que las palabras corteses no bastarían. Lo cogí de la camisa, lo puse contra la pared y, con mucha calma, le advertí que si volvía a llamarme así otra vez, lo mataría. Me chocó oírme hablar de ese modo. Yo no iba por ahí ejerciendo la violencia, y nunca había amenazado a nadie de esa manera pero, por un breve instante, fue como si hubiera estado poseído por el demonio. Afortunadamente, mi determinación a pelear bastó para resolver la situación sin que llegáramos a las manos. Mi martirizador levantó las manos en señal de paz.

–Era una broma –aseguró–, sólo una broma.

Y en eso acabó todo. Con el tiempo, incluso nos hicimos amigos. Me encantaba estar en el mar, rodeado únicamente de cielo y luz, la inmensidad del aire vacío. A todas partes nos acompañaban gaviotas, describiendo círculos sobre nuestras cabezas mientras esperaban los cubos de basura que arrojábamos por la borda. Hora tras hora, se cernían pacientemente sobre el barco, apenas agitando las alas hasta que los desechos salían por los aires, y entonces se hundían frenéticamente en la espuma, gritándose mutuamente como borrachos en un partido de rugby. Pocos placeres son comparables al espectáculo de aquella espuma, sentado en la popa de un buque y contemplando el blanco y agitado tumulto de la estela. Hay algo hipnótico en ello, y en un día tranquilo la sensación de bienestar que le invade a uno puede ser abrumadora. Por otro lado, el mal tiempo también tiene su encanto. A medida que el verano se desvanecía y entrábamos en el otoño, las inclemencias se multiplicaron, trayendo vientos furiosos y lluvias torrenciales, y en esos momentos el buque no parecía más seguro ni sólido que el barquito de papel de un niño. Hay petroleros que se parten en dos, ya se sabe, y para ello basta una mala ola. La peor travesía, según recuerdo, fue cuando estábamos frente al cabo Hatteras a finales de septiembre o primeros de octubre, un período de doce o quince horas de sacudidas y zarandeos en medio de una tormenta tropical. El capitán estuvo al timón toda la noche, e incluso cuando pasó lo peor y el sobrecargo me ordenó a la mañana siguiente que llevara el desayuno al capitán, casi salí volando por la borda al subir al puente con la bandeja. Aunque la lluvia había cesado, el viento seguía teniendo una velocidad de galerna.

Pese a todo, trabajar en el *Esso Florence* tenía poco que ver con una aventura en alta mar. El petrolero era esencialmente una factoría flotante, y antes que descubrirme una vida fascinante y llena de andanzas, me enseñó a considerarme como un obrero industrial. Ahora era uno entre millones, un insecto que trabajaba afanosamente junto a otros insectos innumerables, y cada tarea que realizaba formaba parte de la apabullante empresa del capitalismo norteamericano. El petróleo era la principal fuente de riqueza, la materia prima que alimentaba la máquina del beneficio y la mantenía en marcha, y yo me alegraba de estar donde estaba, agradecido por haber aterrizado en el vientre de la bestia. Las refinerías donde descargábamos eran estructuras inmensas, infernales, redes laberínticas de tuberías silbantes y torres de fuego, y andar de noche por una de ellas era como estar viviendo una de las peores pesadillas. Sobre todo, nunca olvidaré los peces, los centenares de peces muertos, que flotaban iridiscentes en el agua rancia y saturada de petróleo en torno a los muelles de las refinerías. Ese era el habitual comité de bienvenida, el espectáculo que nos saludaba cada vez que los remolcadores nos conducían a puerto. La fealdad era tan uniforme, estaba tan profundamente vinculada a la actividad de ganar dinero y al poder que confería a los que lo ganaban –aun a costa de desfigurar el paisaje, de trastornar el mundo natural–, que a pesar mío empezó a inspirarme una especie de respeto. Bien mirado, me decía, ése es el aspecto que tiene el mundo. Aparte de lo que pueda pensarse, esa fealdad es la verdad.

Siempre que atracábamos, me las arreglaba para salir del barco y pasar cierto tiempo en tierra. Nunca había estado al sur de la línea Mason-Dixon, y aquellos breves vagabundeos por tierra firme me llevaron a sitios que me resultaban mucho menos familiares o comprensibles que los que había conocido en París o Dublín. El Sur era un país diferente, un universo americano aparte del que había conocido en el Norte. La mayoría de las veces seguía como un corderito a algunos compañeros del barco, haciendo con ellos el recorrido de sus bares habituales. Si Baytown, en Tejas, permanece en mi memoria con especial claridad, es porque allí pasé más tiempo que en cualquier otro sitio. Me pareció un pueblo triste y decrépito. Por la calle principal, una serie de cines en otro tiempo elegantes se habían convertido en iglesias baptistas, y en vez de anunciar los títulos de las últimas películas de Hollywood, los carteles exhibíanahora vehementes citas bíblicas. Casi siempre acabábamos en bares de marineros, por callejuelas de barrios destartalados. Todos eran básicamente iguales: locales sórdidos, rufianescos; tascas sombrías; húmedos recovecos del olvido. El interior siempre estaba desprovisto de adornos. Ni un solo cuadro en las paredes, ni un solo toque de calor tabernario. Todo lo más había una desvencijada mesa de billar, un tocadiscos de monedas lleno de canciones *country and western*, y un menú en el que sólo figuraba una bebida: cerveza.

Una vez, cuando el barco se encontraba en un dique seco de Houston para algunas reparaciones menores, pasé la tarde en un bar de mala nota con un marinero danés llamado Teddy, un tipo raro que se reía a la menor provocación y hablaba inglés con un acento tan marcado que apenas se entendía una palabra de lo que decía. Yendo por la calle bajo el sol cegador de Tejas, nos cruzamos con un hombre y una mujer completamente borrachos. Aún era pronto, pero la pareja estaba tan ajumada, tan afianzada en su embriaguez, que debía de estar dándole al alpiste desde el amanecer. Iban tambaleándose por la acera, cogidos el uno del otro, dando bandazos, con la cabeza colgando, las rodillas flojas, y sin embargo con energía suficiente para mantener una pelea desagradable, plagada de palabrotas. Por el tono de voz, supuse que les duraba desde hacía años: una pareja de vagabundos tambaleantes en busca de la siguiente copa, que reñía repitiéndose siempre la misma canción. Dio la casualidad de que acabaron en el mismo bar donde Teddy y yo habíamos decidido pasar la tarde, y como no estábamos a más de tres metros de ellos, me encontraba en perfecta posición para presenciar este pequeño drama.

El hombre se inclinó hacia la mujer sentada en la mesa frente a él.

–¡Darlene –gritó con voz lenta y embrutecida–, tráeme otra cerveza!

Darlene estaba cabeceando en aquel momento, y tardó bastante en abrir los ojos y fijarse en el hombre. Pasó otro largo momento y, finalmente, ella contestó:

–¿Qué?

–Que me traigas otra cerveza –repitió el hombre–. Y volando.

Darlene se estaba despertando, y un encantador desplante, una insolente expresión de "vete a tomar por culo", le iluminó de pronto la cara. Era evidente que no estaba de humor para que la marindoneasen.

–Tráetela tú, Charlie –replicó–. No soy tu esclava, ¿sabes?

–Hay que joderse –comentó Charlie–. Eres mi mujer, ¿no? ¿Para qué coño me casé contigo? ¡Tráeme la puta cerveza!

Darlene soltó un sonoro y teatral suspiro. Se veía que tramaba algo, pero aún no estaban claras sus intenciones.

–Muy bien, cariño –dijo, poniendo voz de esposa sumisa y zalamera–. Te la traeré.

Se levantó de la mesa y se acercó vacilante a la barra.

Charlie permaneció inmóvil con una sonrisa en el rostro, regocijándose en su pequeña victoria masculina. Era el que mandaba, no cabía duda, y nadie iba a decirle lo contrario. Si alguien quería saber quién llevaba los pantalones en aquella familia, no tenía más que preguntarle a él.

Momentos después, Darlene volvía a la mesa con una botella de Bud.

–Aquí tienes la cerveza, Charlie –le dijo, y entonces, con un rápido movimiento de muñeca, vertió el contenido de la botella sobre la cabeza de su marido. Se le formaron burbujas en el pelo y las cejas; arroyuelos de líquido ambarino le corrieron por la cara. Charlie se lanzó hacia ella, pero estaba demasiado borracho para alcanzarla. Darlene echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

–¿Te gusta la cerveza, Charlie? –le dijo–. ¿Te gusta la puta cerveza?

De todas las escenas que presenció en aquellos bares, ninguna puede realmente compararse a la triste comedia del bautizo de Charlie, pero, por su extravagancia general –una incursión en lo más profundo de lo grotesco–, debería mencionar el Big Mary's Place de Tampa, en Florida. Era un gran almacén, brillantemente iluminado, que satisfacía los antojosde estibadores y marineros, y que estaba abierto desde hacía muchos años. Entre sus alicientes se contaban una docena de mesas de billar, una larga barra de caoba, techos excesivamente altos y un espectáculo en vivo de bailarinas casi desnudas. Las chicas eran la piedra angular del negocio, el elemento que distinguía el Big Mary's Place de los demás establecimientos de su estilo, y con sólo mirarlas se sabía que no las contrataban por su belleza, ni por sus dotes para el baile. El único criterio era la talla. Cuanto más grandes mejor, era el principio de Big Mary, y cuanto más voluminosas eran, mejor pagadas estaban. El efecto resultaba bastante inquietante. Se trataba de una monstruosa exhibición de carne, un cortejo de grasa blanca y saltarina, y con las cuatro chicas bailando juntas en el estrado detrás de la barra, el número parecía una prueba de interpretación para elegir a la protagonista de *Moby Dick*. Cada una era un continente en sí misma, una masa de tembloroso tocino engalanada con un tanga, y como salía un grupo detrás de otro, la agresión que sufrían los ojos era implacable. No me acuerdo de cómo llegué aquí, pero sí recuerdo claramente que mis compañeros de aquella noche eran dos de las mejores personas del barco (Martínez, padre de familia tejano, y Donny, un chaval de diecisiete años originario de Baton Rouge) y que estaban tan cortados como yo. Aún los puedo ver sentados frente a mí con la boca abierta, haciendo lo posible por no reírse de vergüenza ajena. En un momento dado, Big Mary en persona se acercó a la mesa y se sentó con nosotros. Tan imponente como un dirigible, ataviada con un traje pantalón de color naranja y una sortija en cada dedo, quiso saber si nos estábamos divirtiendo. Cuando le contestamos que sí, hizo una seña a una chica de la barra.

–¡Barbara! –gritó, lanzando la palabra con una voz grave de tres paquetes de tabaco diarios–. ¡Mueve ese culazo y ven aquí!

Vino Barbara, toda sonrisas y buen humor, riendo mientras Big Mary le hundía el dedo en el vientre y le pellizcaba los amplios michelines que le sobresalían de las caderas.

–Al principio estaba flacucha –explicó Mary–. Pero la he engordado bien. ¿Verdad Barbara?

Se reía entrecortadamente, como un científico loco que acabara de realizar un experimento, y Barbara no podía estar más de acuerdo con ella. Mientras las oía hablar, se me ocurrió de pronto que estaba completamente equivocado. No me había hecho a la mar. Me había escapado con un circo.(...)

Al final, los meses que pasé en aquel barco me parecían años. El tiempo pasa de distinto modo en el mar, y como debido a la absoluta novedad de las experiencias me encontraba en un continuo estado de alerta, logré acumular un asombroso número de impresiones y recuerdos en una etapa relativamente breve de mi vida. Aun ahora no entiendo bien lo que pretendía demostrar embarcándome así. Para mantenerme en desequilibrio, supongo. O, sencillamente, para ver si era capaz de hacerlo, de defenderme solo en un mundo que no era el mío. En ese aspecto, creo que lo conseguí. No podría explicar lo que logré en esos meses, pero al mismo tiempo estoy seguro de que no fracasé.

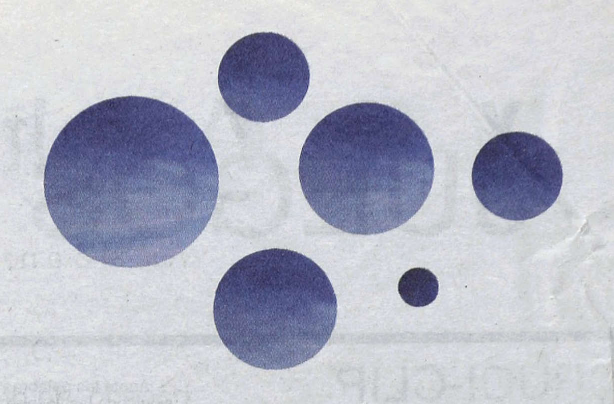
En Charleston me dieron la liquidación. La empresa pagaba el avión hasta casa, pero uno podía embolsarse el dinero si lo deseaba y organizarse el viaje como quisiera. Decidí quedarme con el dinero. El viaje en tren correo duró veinticuatro horas, y lo hice en compañía de otro miembro neoyorquino de la tripulación, Juan Castillo. Juan era un hombre de unos cincuenta años, achaparrado y corpulento, con una cabeza enorme y un rostro que parecía hecho con la piel y la pulpa de diecinueve patatas hechas puré. Había desembarcado de un petrolero por última vez y, en agradecimiento a sus veinticinco años de servicio en la empresa, Esso le había regalado un reloj de oro. No sé cuántas veces sacó el reloj del bolsillo para mirarlo durante el largo viaje de regreso a casa, pero cada vez que lo hacía, sacudía unos instantes la cabeza y soltaba una carcajada. En un momento dado, el revisor se paró a hablar con nosotros en uno de sus recorridos por el pasillo. Tenía un aspecto muy elegante con su uniforme, según recuerdo, un caballero negro del Sur de la vieja escuela. En tono altivo, casi condescendiente, inició la conversación preguntando:

–¿Vais al Norte, chicos, a trabajar en las acerías?

Debíamos de resultar una curiosa pareja, Juan y yo. Recuerdo que por entonces yo llevaba una vieja chaqueta de cuero, pero aparte de eso no me imagino bien, no sé el aspecto que tenía ni lo que veían los demás cuandome miraban. La pregunta del revisor es la única pista que tengo. Juan había tomado en el barco fotos de los compañeros para ponerlas en el álbum familiar, en su casa, y me acuerdo de estar en cubierta y mirar a la cámara mientras él pulsaba el obturador. Prometió enviarme una copia de la foto, pero no lo hizo.●



Se reproduce aquí por gentileza de editorial Anagrama.



andar de noche por una de ellas era como estar viviendo una de las peores pesadillas. Sobre todo, nunca olvidaré los peces, los centenares de peces muertos, que flotaban iridiscentes en el agua rancia y saturada de petróleo en torno a los muelles de las refinerías. Ese era el habitual comité de bienvenida, el espectáculo que nos saludaba cada vez que los remolcadores nos conducían a puerto. La fealdad era tan uniforme, estaba tan profundamente vinculada a la actividad de ganar dinero y al poder que confería a los que lo ganaban –aun a costa de desfigurar el paisaje, de trastornar el mundo natural–, que a pesar mío empezó a inspirarme una especie de respeto. Bien mirado, me decía, ése es el aspecto que tiene el mundo. Aparte de lo que pueda pensarse, esa fealdad es la verdad.

Siempre que atracábamos, me las arreglaba para salir del barco y pasar cierto tiempo en tierra. Nunca había estado al sur de la línea Mason-Dixon, y aquellos breves vagabundeos por tierra firme me llevaron a sitios que me resultaban mucho menos familiares o comprensibles que los que había conocido en París o Dublín. El Sur era un país diferente, un universo americano aparte del que había conocido en el Norte. La mayoría de las veces seguía como un corderito a algunos compañeros del barco, haciendo con ellos el recorrido de sus bares habituales. Si Baytown, en Tejas, permanece en mi memoria con especial claridad, es porque allí pasé más tiempo que en cualquier otro sitio. Me pareció un pueblo triste y decrépito. Por la calle principal, una serie de cines en otro tiempo elegantes se habían convertido en iglesias baptistas, y en vez de anunciar los títulos de las últimas películas de Hollywood, los carteles exhibíanahora vehementes citas bíblicas. Casi siempre acabábamos en bares de marineros, por callejuelas de barrios destartalados. Todos eran básicamente iguales: locales sórdidos, rufianescos; tascas sombrías; húmedos recovecos del olvido. El interior siempre estaba desprovisto de adornos. Ni un solo cuadro en las paredes, ni un solo toque de calor tabernario. Todo lo más había una desvencijada mesa de billar, un tocadiscos de monedas lleno de canciones *country and western*, y un menú en el que sólo figuraba una bebida: cerveza.

Una vez, cuando el barco se encontraba en un dique seco de Houston para algunas reparaciones menores, pasé la tarde en un bar de mala nota con un marinero danés llamado Teddy, un tipo raro que se reía a la menor provocación y hablaba inglés con un acento tan marcado que apenas se entendía una palabra de lo que decía. Yendo por la calle bajo el sol cegador de Tejas, nos cruzamos con un hombre y una mujer completamente borrachos. Aún era pronto, pero la pareja estaba tan ajumada, tan afianzada en su embriaguez, que debía de estar dándole al alpiste desde el amanecer. Iban tambaleándose por la acera, cogidos el uno del otro, dando bandazos, con la cabeza colgando, las rodillas flojas, y sin embargo con energía suficiente para mantener una pelea desagradable, plagada de palabrotas. Por el tono de voz, supuse que les duraba desde hacía años: una pareja de vagabundos tambaleantes en busca de la siguiente copa, que reñía repitiéndose siempre la misma canción. Dio la casualidad de que acabaron en el mismo bar donde Teddy y yo habíamos decidido pasar la tarde, y como no estábamos a más de tres metros de ellos, me encontraba en perfecta posición para presenciar este pequeño drama.

El hombre se inclinó hacia la mujer sentada en la mesa frente a él.

–¡Darlene –gritó con voz lenta y embrutecida–, tráeme otra cerveza!

Darlene estaba cabeceando en aquel momento, y tardó bastante en abrir los ojos y fijarse en el hombre. Pasó otro largo momento y, finalmente, ella contestó:

–¿Qué?

–Que me traigas otra cerveza –repitió el hombre–. Y volando.

Darlene se estaba despertando, y un encantador desplante, una insolente expresión de "vete a tomar por culo", le iluminó de pronto la cara. Era evidente que no estaba de humor para que la marindoneasen.

–Tráetela tú, Charlie –replicó–. No soy tu esclava, ¿sabes?

–Hay que joderse –comentó Charlie–. Eres mi mujer, ¿no? ¿Para qué coño me casé contigo? ¡Tráeme la puta cerveza!

Darlene soltó un sonoro y teatral suspiro. Se veía que tramaba algo, pero aún no estaban claras sus intenciones.

–Muy bien, cariño –dijo, poniendo voz de esposa sumisa y zalamera–. Te la traeré.

Se levantó de la mesa y se acercó vacilante a la barra.

Charlie permaneció inmóvil con una sonrisa en el rostro, regocijándose en su pequeña victoria masculina. Era el que mandaba, no cabía duda, y nadie iba a decirle lo contrario. Si alguien quería saber quién llevaba los pantalones en aquella familia, no tenía más que preguntarle a él.

Momentos después, Darlene volvía a la mesa con una botella de Bud.

–Aquí tienes la cerveza, Charlie –le dijo, y entonces, con un rápido movimiento de muñeca, vertió el contenido de la botella sobre la cabeza de su marido. Se le formaron burbujas en el pelo y las cejas; arroyuelos de líquido ambarino le corrieron por la cara. Charlie se lanzó hacia ella, pero estaba demasiado borracho para alcanzarla. Darlene echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

–¿Te gusta la cerveza, Charlie? –le dijo–. ¿Te gusta la puta cerveza?

De todas las escenas que presenció en aquellos bares, ninguna puede realmente compararse a la triste comedia del bautizo de Charlie, pero, por su extravagancia general –una incursión en lo más profundo de lo grotesco–, debería mencionar el Big Mary's Place de Tampa, en Florida. Era un gran almacén, brillantemente iluminado, que satisfacía los antojosde estibadores y marineros, y que estaba abierto desde hacía muchos años. Entre sus alicientes se contaban una docena de mesas de billar, una larga barra de caoba, techos excesivamente altos y un espectáculo en vivo de bailarinas casi desnudas. Las chicas eran la piedra angular del negocio, el elemento que distinguía el Big Mary's Place de los demás establecimientos de su estilo, y con sólo mirarlas se sabía que no las contrataban por su belleza, ni por sus dotes para el baile. El único criterio era la talla. Cuanto más grandes mejor, era el principio de Big Mary, y cuanto más voluminosas eran, mejor pagadas estaban. El efecto resultaba bastante inquietante. Se trataba de una monstruosa exhibición de carne, un cortejo de grasa blanca y saltarina, y con las cuatro chicas bailando juntas en el estrado detrás de la barra, el número parecía una prueba de interpretación para elegir a la protagonista de *Moby Dick*. Cada una era un continente en sí misma, una masa de tembloroso tocino engalanada con un tanga, y como salía un grupo detrás de otro, la agresión que sufrían los ojos era implacable. No me acuerdo de cómo llegué aquí, pero sí recuerdo claramente que mis compañeros de aquella noche eran dos de las mejores personas del barco (Martínez, padre de familia tejano, y Donny, un chaval de diecisiete años originario de Baton Rouge) y que estaban tan cortados como yo. Aún los puedo ver sentados frente a mí con la boca abierta, haciendo lo posible por no reírse de vergüenza ajena. En un momento dado, Big Mary en persona se acercó a la mesa y se sentó con nosotros. Tan imponente como un dirigible, ataviada con un traje pantalón de color naranja y una sortija en cada dedo, quiso saber si nos estábamos divirtiendo. Cuando le contestamos que sí, hizo una seña a una chica de la barra.

–¡Barbara! –gritó, lanzando la palabra con una voz grave de tres paquetes de tabaco diarios–. ¡Mueve ese culazo y ven aquí!

Vino Barbara, toda sonrisas y buen humor, riendo mientras Big Mary le hundía el dedo en el vientre y le pellizcaba los amplios michelines que le sobresalían de las caderas.

–Al principio estaba flacucha –explicó Mary–. Pero la he engordado bien. ¿Verdad Barbara?

Se reía entrecortadamente, como un científico loco que acabara de realizar un experimento, y Barbara no podía estar más de acuerdo con ella. Mientras las oía hablar, se me ocurrió de pronto que estaba completamente equivocado. No me había hecho a la mar. Me había escapado con un circo.(...)

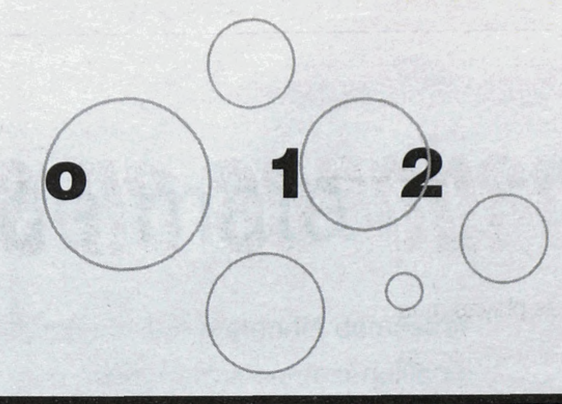
Al final, los meses que pasé en aquel barco me parecían años. El tiempo pasa de distinto modo en el mar, y como debido a la absoluta novedad de las experiencias me encontraba en un continuo estado de alerta, logré acumular un asombroso número de impresiones y recuerdos en una etapa relativamente breve de mi vida. Aun ahora no entiendo bien lo que pretendía demostrar embarcándome así. Para mantenerme en desequilibrio, supongo. O, sencillamente, para ver si era capaz de hacerlo, de defenderme solo en un mundo que no era el mío. En ese aspecto, creo que lo conseguí. No podría explicar lo que logré en esos meses, pero al mismo tiempo estoy seguro de que no fracasé.

En Charleston me dieron la liquidación. La empresa pagaba el avión hasta casa, pero uno podía embolsarse el dinero si lo deseaba y organizarse el viaje como quisiera. Decidí quedarme con el dinero. El viaje en tren correo duró veinticuatro horas, y lo hice en compañía de otro miembro neoyorquino de la tripulación, Juan Castillo. Juan era un hombre de unos cincuenta años, achaparrado y corpulento, con una cabeza enorme y un rostro que parecía hecho con la piel y la pulpa de diecinueve patatas hechas puré. Había desembarcado de un petrolero por última vez y, en agradecimiento a sus veinticinco años de servicio en la empresa, Esso le había regalado un reloj de oro. No sé cuántas veces sacó el reloj del bolsillo para mirarlo durante el largo viaje de regreso a casa, pero cada vez que lo hacía, sacudía unos instantes la cabeza y soltaba una carcajada. En un momento dado, el revisor se paró a hablar con nosotros en uno de sus recorridos por el pasillo. Tenía un aspecto muy elegante con su uniforme, según recuerdo, un caballero negro del Sur de la vieja escuela. En tono altivo, casi condescendiente, inició la conversación preguntando:

–¿Vais al Norte, chicos, a trabajar en las acerías?

Debíamos de resultar una curiosa pareja, Juan y yo. Recuerdo que por entonces yo llevaba una vieja chaqueta de cuero, pero aparte de eso no me imagino bien, no sé el aspecto que tenía ni lo que veían los demás cuandome miraban. La pregunta del revisor es la única pista que tengo. Juan había tomado en el barco fotos de los compañeros para ponerlas en el álbum familiar, en su casa, y me acuerdo de estar en cubierta y mirar a la cámara mientras él pulsaba el obturador. Prometió enviarme una copia de la foto, pero no lo hizo.●

Se reproduce aquí por gentileza de editorial Anagrama.



verano 12
JUEGOS

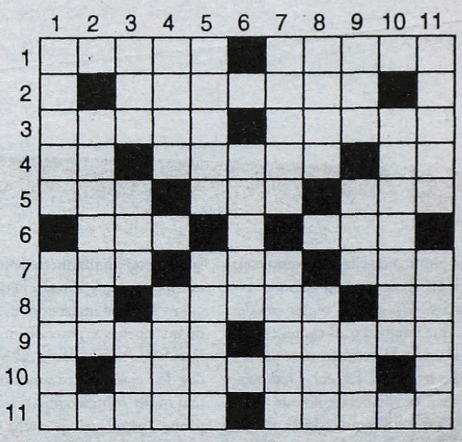
CRUCI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Vertical clues (top row): IJADA · FRUTO SIMILAR AL MELOCOTÓN · PECES · TIENDA DE VENTA DE LANAS · ME HICE DIGNO DE ALGO · HIJO DE LOT · DE LAS COSTILLAS · LIMPIE. HIGIENICE

Clues in grid:
- (BILLY) CANTANTE PUNK
- DAÑO LEVE
- PROMETEREMOS ANTE DIOS
- LABREN LA TIERRA
- (AXL) CANTANTE DE ROCK
- PASE ROZANDO
- ORGANISMO PÚBLICO
- SE EXPRESAN CON SARCASMO
- VENGAR
- QUE ADMIRA LO DE MODA
- RUGÍAN
- QUE SE ESCAPAN O HUYEN (FEM.)
- QUE NO PUEDE VERSE
- CARCOMIAN
- ARÁCNIDO TRANSMISOR DE LA SARNA
- HUESUDA
- AROMATICE
- HIZO ASONANCIA
- FLOTÁBAMOS EN EL AGUA
- PARTE DEL OJO
- OCASIÓN, CIRCUNSTANCIA
- MERCADO ÁRABE
- AGUR, ADIOS
- AFECTADA, REBUSCADA
- (FRANCO) ACTOR Y DIRECTOR ITALIANO
- INDIOS SUDAMERICANOS

CLASICO



AYUDAS: ABACERO, GIS

HORIZONTALES

1. Cortad todo el pelo./ Secuestro.
2. Moldeará con las manos.
3. Recorrían un texto con la vista./ Malévolas.
4. Prefijo: carencia./ Sera grande./ Símbolo del litio.
5. (... Victor) Compañía grabadora./ Preposición: carencia./ Fluido usado en calefacción.
6. Arbol venezolano./ Adverbio latino: así.
7. Organo locomotor de las aves./ Nombre de la cantante brasileña Costa./ Clasificación del champagne.
8. Símbolo del tantalio./ Peso del envase (pl.)./ Símbolo del sodio.
9. Dan armas./ Estar vacante.
10. Persona que vende comestibles.
11. Irritar, encolerizar./ Inmaculado.

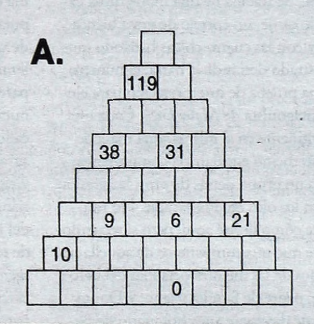
VERTICALES

1. Dar vueltas en redondo./ Liaba.
2. Poner cal.
3. Sacerdote umbanda./ En este lugar./ Gran extensión de agua salada.
4. Dueñas./ Astrágalo.
5. Dinamarqués./ Triunfar.
6. Efectuar el juego de la rifa.
7. Nombre de varón./ Limpies con agua.
8. Labran la tierra con el arado./ Esposa de Abraham.
9. Norma de televisión./ Tiza./ Preposición: compañía.
10. Mueble de la cocina.
11. Espacio con vegetación en el desierto./ Nombre vulgar de varias plantas espinosas.

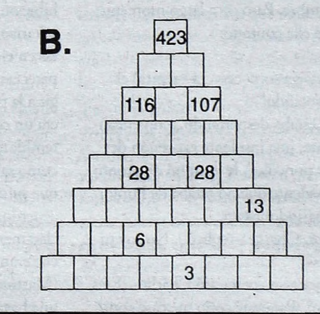
PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

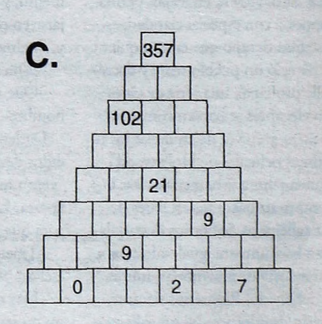
A.



B.



C.

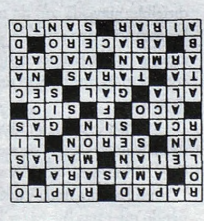


SOLUCIONES

CRUCI-CLIP

I	D	O	L	■	M	A	C	A
J	U	R	A	R	E	M	O	S
A	R	E	N	■	R	O	S	E
R	A	S	E	■	E	N	T	E
■	Z	■	R	■	C	■	A	■
I	N	V	I	S	I	B	L	E
R	O	I	A	N	■	R	■	V
O	■	N	■	O	■	A	■	A
N	A	D	A	B	A	M	O	S
I	R	I	S	■	C	A	S	O
Z	O	C	O	■	A	B	U	R
A	M	A	N	E	R	A	D	A
N	E	R	O	■	O	N	A	S

CLASICO



PIRAMIDES NUMERICAS



